Pues todo esto que es mejor, es Dios; todo lo que es mayor, es Dios, y Dios es lo mayor y lo mejor que se puede pensar. Dios es un todo sin embarazo de partes, un colmo de perfecciones sin distinción dellas. En las criaturas, una parte ó perfección no es la otra; el cuerpo del hombre no es su alma, ni su alma su espíritu, ni su cabeza los pies, ni sus pies los brazos, ni sus ojos los oídos, ni su entendimiento su voluntad. Muy diferente es Dios, que ni tiene partes, ni está compuesto, sino es una inmensa perfección, un infinito todo de todas las perfecciones. Su entendimiento no es diferente parte de su voluntad, ni su piedad es diferente en perfección que su justicia, ni su bondad que su sabiduría, y así no es mayor en una materia que en otra, ni mejor en un atributo que en otro. Ni es, como en los hombres, mayor su memoria que su entendimiento, ni mejor su misericordia que su justicia; pues aunque en sus efectos hay distinción, en su substancia hay igualdad, y, por mejor decir, unidad; que no porque corra un caño de una fuente más veces que otro serán desiguales. ¡Oh Señor, cuán diferente es tu hermosura, no sólo de las demás criadas, sino de las que se pueden pensar, y cuán diferente debía ser mi amor y reverencia! Porque si al paso de la grandeza ha de ser la reverencia, y á la medida de la hermosura ha de ser el amor, donde la grandeza es tan diferente, la reverencia ha de ser muy diversa, y donde la hermosura es tan distinta, el amor ha de ser muy diferente. ¡Oh, cuán de diversa manera debían amar al Criador, que aman los hombres á las criaturas! ¡Oh, cómo nos había de correr que haya amado alguno la hermosura de la tierra con riesgo de la vida, y que no se ame la hermosura del cielo sobre millones de vidas. No había de parecer posible que hubiese hombre que no amase á Dios más que á sí mismo; pues ha llegado á esto el amor de la criatura.

Y si ha de haber en los amores la diferencia que hay entre los amados, donde hay diferencia infinita, ¿cómo amamos con amor limitado?

CAPÍTULO VII

Cuán digno es Dios de ser amado por su Hermosura, para la cual fuimos criados.

I

Todo amor, todo afecto, todo deseo, merece la infinita Hermosura de nuestro Criador, llena toda de hermosuras, abismo de lindezas, y un inmenso océano de perfecciones, un paraíso de gracias, y delicias, y finezas con los hijos de los hombres. Para ver tanta belleza nacimos; para gozar tanto bien fuimos criados. Gocémonos de ser hechuras de tan hermosa mano. Démonos mil parabienes de ser criaturas de Dios; que si es gloria de una obra la excelencia del Artífice, y honra del Hijo la nobleza del Padre, honra nuestra es ser criados del Increado, ser hechuras de un Sér tan Perfecto, tan Hermoso, tan Omnipotente, tan Señor, tan Santo, tan Infinito en todo. Venid, criaturas, venid; démonos mil norabuenas, que tenemos tal Señor. Venid, cielos; venid, elementos; venid, plantas; venid, animales; venid, hombres; venid, ángeles; regocijaos con tal Criador, honraos con el que os dió sér. Vengan todas las obras divinas, desde los altos serafines del cielo hasta las humildes hormiguillas del campo, y los más viles gusarapillos. Démonos todos el parabién, que somos hechuras de tan gran Sér, tan perfecto y cabal en todo, especialmente los hombres; gocémonos ser criados por Dios, y mucho más de ser también criados para Dios. Por estas dos grandezas divinas de ser causa eficiente y final de las cosas,

significaron algunos á Dios diciendo que era centro y circunferencia de las criaturas; centro en cuanto es fin dellas y del hombre principalmente, y muy inmediato; circunferencia en cuanto como causa produce á todas, y dél salen para que vengan á Él. Salen divididas para que en Él se unan. Y así podemos imaginar á Dios como una inmensa esfera ó círculo de oro, del cual salen tantas líneas como rayos dorados, y vistosísimos, cuantas criaturas hay, principalmente las racionales é intelectuales, que todas van á dar á un punto de su centro. Los Serafines, los Querubines, los Tronos, las Dominaciones, las Virtudes, las Potestades, los Principados, los Arcángeles, los Ángeles, las Almas: todas estas naturalezas tan perfectas, salen de Dios y vienen á Dios, porque Él es el centro y circunferencia de todas: si bien, ni como centro es menor, ni como circunferencia es mayor. Su bondad es causa de que haya criado los hombres para tener á quien comunicarse; y su bondad es el fin adonde se encaminan, como su último término, todas las voluntades humanas, donde sólo se pueden satisfacer; y así como sólo nos crió Dios, á Dios sólo hemos de amar, á Él sólo hemos de desear, á Él sólo hemos de agradar. Para tan gran cosa nacimos, para servir al mayor Señor, y único Monarca, y Rey universal del mundo, para amar una Bondad inmensa, para gozar una infinita Hermosura. Porque, como dice San Anselmo [1]: «No hay cosa más bien dispuesta que el ser hecha la criatura racional para que ame á la suma Esencia sobre todos los bienes, así como ella es el sumo Bien; y que nada ame sino á ella ó por ella: porque es buena por sí misma, y ninguna otra cosa es buena sino por ella. Pero amarla no puede si no se acuerda y procura conocerla. Y así es cosa clara que debe la criatura racional gastarse y consumirse, y poner todo su

1 Anselm. in Monol., c. 66, p. 20.

querer y poder en acordarse, conocer y amar al sumo Bien, para lo cual conoce que tiene todo su sér». ¡Oh hermosísimo Dios, que sois el gozo de las más sublimes criaturas, y último fin de sus deseos y felicidades! Para este hermoso espectáculo fueron criadas las más encumbradas naturalezas, los espíritus más sublimes, los querubines más encendidos, los serafines más enamorados. Aquí hallan satisfacción de toda curiosidad y cumplimiento de todos sus deseos. Aquí hallan el cebo de una inmensa caridad y necesidad de todo su amor. No sé con qué se puede dar más á entender la incomprensible Hermosura de Dios, que con esta necesidad de ser amada, luego que es vista. ¡Oh cuán inmensa es en sí, pues es tan poderosa en ganar las voluntades! Esta infinita fuerza tiene la Hermosura divina, que convierte en oro de caridad y amor ardentísimo todas las voluntades de los que la vieren como es, y á la potencia más libre la fuerza al mejor acto de cuantos puede hacer, y juntamente la llena de gozo y de bienaventuranza, y esto para mientras Dios fuere Dios.

Este es otro grande argumento de cuán inmensa es esta Hermosura de la Divinidad, pues nunca ha de hartar el mirarla, y siempre parecerá nueva y admirable; pues no hay cosa tan maravillosa en el mundo que pueda sustentar su admiración y pasmo largo tiempo, porque pasándose la novedad, afloja su admiración, y con el uso se hace menos venerable. Sólo Dios tiene este privilegio, por la infinidad de su belleza y perfección, que siempre será nuevo, siempre admirable, y por los siglos de los siglos, por eternidades de eternidades, y más allá; nunca enfadará el mirarle, siempre será flamante su lindeza, siempre será maravillosa, siempre estará gustosa el alma de verla, adorarla, admirarla y gozarla, sin tener ansia de otra cosa, ni apetito, ni deseo de mayor bien, ni de mudar de bien, si no de sólo

gozar siempre lo que una vez gustó con igual deseo después de millones de años, como el primer día: por lo cual dijo el mismo Dios por el Sabio [1]: «Los que me comen, aún tendrán hambre, y los que me bebieren, aún tendrán sed».

II

Alléganse á esto otros excelentísimos efectos que causa la vista de la Hermosura divina, porque endiosa el alma, y la santifica, y la hace más pura que los cielos, y más hermosa que las más hermosas naturalezas del mundo. De suerte que ni es posible ni imaginable naturaleza de tanta lindeza y beldad, ni todo el poder divino puede criar cosa tan perfecta y prima que tenga por su substancia tanta hermosura cuanta tendrá un alma por sólo ver á Dios. Pues si tan estupenda hermosura redunda en el que sólo ve, ¿cuál será la del mismo Dios? No es creíble ni imaginable, ni posible mayor belleza, mayor pasmo, mayor admiración. La hermosura de un ángel que ve á Dios es tan grande, que una vislumbre della que vió San Juan le hizo postrarse por el suelo y quedar como atónito. Y habiendo tenido pulsos para ver la hermosura corporal de Cristo en su Transfiguración, en su Resurreción y Ascensión, cuando triunfante subió á los cielos, los perdió á la presencia de un soberano espíritu que gozaba de Dios. Pues si excede tanto la hermosura de una criatura espiritual, aunque sea prestada, á la de los cuerpos, ¿cuánto excederá la del Criador? No se puede acabar de entender cuán grande admiración, cuán inmenso gozo será verle.

Basta decir que la vista hermosísima de su Sér divino es el último fin para que fuimos criados, y la última perfección de toda criatura capaz de razón. Dichosos nosotros que

1 Eccles., 24.

para tal fin nacimos. Dichosos nosotros, que para tan gran espectáculo somos convidados. Dichosa nuestra voluntad, que tal hermosura debe amar. Dichosas nuestras potencias, que en tal objeto se deben emplear. Dichosas nuestras fuerzas, que á tal Señor deben servir. Dichoso nuestro amor que en tal hermosura se ha de ocupar. Dijo Plotino [1]: «Dios es lo amable y el amor, porque no es de otra manera hermoso, sino de sí mismo y en sí mismo». Digno, pues, es Dios de ser amado, por amarnos Él, y por ser amor. Digno es de amarse, pues es amable, y por ser tan hermoso. Jacob, por la hermosura de Raquel, no le pareció mucho servir como un esclavo catorce años. Por cierto que ni catorce millones de años fuera mucho servir por la Hermosura de Dios. Tampoco pareció demasiado á los griegos pelear diez años por la belleza de Elena [2]. Por cierto, ni diez mil siglos era mucho pelear y violentarnos por gozar un día sólo de Dios. Ni pareció poca ganancia á los soldados de Holofernes padecer los trabajos de la milicia por tales hermosuras como la de Judith. No hay, por cierto, trabajo que se nos deba hacer difícil por llegar á ver y gozar de una vista tan hermosa como la de Dios. Pues si á esto se añade que fuimos criados para Él, y Él es por su hermosura merecedor de todos nuestros corazones, ¿qué duda puede haber en amarle con todos los amores posibles, y en dar por Él millones de vidas?

El privilegio del fin es debérsele todo lo que á él está ordenado. Goce esta prerrogativa nuestro fin último, un Dios perfectísimo, y domine sobre nuestros corazones; lleve tras sí nuestras voluntades; emplee en su bondad toda nuestra afición; ocupe nuestras potencias; señoree nuestros corazones; arrebate y suspenda nuestras almas, que vivan más en Dios que en sí y no puedan vivir sin

1 Plotin. enn. 6, l. 8, c. 15. 2 Isocr. in lad., Hel.

Dios. Finalmente, si para la hermosura se hizo el amor, como dicen Máximo Tyrio [1] y Proclo Lycio [2], ¿para qué otra hermosura sino para ésta tan pura y sana? á la cual debemos amar por sí sola, sin esperanza de otro interés. Ámeos, Dios, por ser tan amable; ámeos por ser infinitamente sabio, poderoso, bueno, justo, misericordioso, inmenso, eterno, inmudable, santo, perfecto, hermoso, hermosísimo. Con mil corazones os quisiera amar por cada una de vuestras perfecciones: recibid mis deseos, recibid mis ansias.

III

Pero aunque Dios sea digno de ser amado por sí mismo, tiene quien ama á Dios un sumo interés, que es ser amado del mismo Dios. Y es gran dicha que la mayor prenda del corazón se emplee bien y tope con quien se logre. No tiene un pecho humano mayor prenda que su amor, y es gran locura aventurarle en cosa que puede no corresponder, ó que no pueda corresponder con amor. Pero quien ama á Dios, prudentísimo es amando no sólo al que puede corresponder con amor, sino al que necesariamente corresponde, y en su correspondencia está toda dicha, y felicidad y bien: porque corresponde amando y premiando, galardonando servicios y premiando voluntades. Y el premio es tan grande, que no es menos que el mismo Dios, que se da á gozar con tantos gozos y bienes, como en solo este bien hay, como lo declara San Anselmo por estas palabras: «El que gozare deste bien, ¿qué tendrá? mas ¿qué no tendrá? Verdaderamente todo lo que quisiere será, y lo que no quisiere no será. Allí estarán los bienes de cuerpo y alma, cuales ni los ojos vieron, ni los oídos

1 Maxim. Serm., 2. 2 Proclus in Alci.

oyeron, ni el corazón pensó. Pues, hombrecillo, ¿para qué andas vagueando, buscando los bienes de cuerpo y alma? Ama aquel Bien, en que están todos los bienes, y esto te basta. Desea aquel único Bien que es todo bien, y esto sobra. ¿Qué amas, cuerpo mío? ¿Qué deseas, ánima mía? Allí está, allí está cuanto amáis y deseáis. Si os deleita la hermosura, allí resplandecerán los justos como el sol. Si la ligereza, ó fortaleza, ó libertad para que no se halle resistencia, serán semejantes á los ángeles de Dios; porque si se siembra cuerpo animal, resucitará espiritual en la potestad, no en la naturaleza. Si larga vida y con salud, allí está una eternidad de salud, y una salud eterna; porque los justos vivirán perpetuamente, y la salud de los justos es el Señor. Si abundancia y hartura, serán hartos cuando se descubriere la gloria de Dios. Si melodía, allí los coros de los ángeles cantarán á Dios sin fin alguno. Si algún deleite puro, del raudal de tu deleite les darás á beber. Si ciencia y saber, la misma sabiduría de Dios se les mostrará. Si amistad, amarán á Dios más que á sí mismos, y unos á otros como á sí mismos, y Dios á ellos más que ellos á sí mismos; porque ellos amarán á Dios, y á sí, y á otros por Dios, y Dios ama á sí y á ellos, por sí mismo. Si concordia, todos tendrán una voluntad; porque no tendrán otra voluntad sino la divina. Si poderío, serán omnipotentes de su voluntad, al modo que Dios lo es de la suya; porque así como puede Dios lo que quiere por sí mismo, así podrán ellos lo que quieren por Dios; porque como no querrán sino lo que Él quiere, así Dios querrá lo que ellos quieren, y lo que Dios quiere no podrá dejar de ser. Si honras y riquezas, Dios constituirá á sus siervos fieles y buenos sobre grandes cosas, y se llamarán hijos de Dios, y aun dioses, y adonde estuviere su Hijo natural estarán ellos, y serán herederos de Dios y partícipes con Cristo de su herencia. Si

verdadera seguridad, estarán tan ciertos que nunca les ha de faltar tanto bien, como están ciertos que por su voluntad no quieren perderle; que Dios que les ama, no les quitará á los que le aman, ni otra cosa más poderosa que Dios los podrá privar á ellos y á Dios dél. ¿Cuán gran gozo será donde hay tan gran bien? ¡Oh corazón humano, corazón tan necesitado, corazón tan experimentado en miserias! ¿Cuánto te holgaras si abundaras en todas estas cosas? Pregunta á tus mismas entrañas si podrán abarcar tan gran gozo de su bienaventuranza. Pero si otro á quien amaras como á ti mismo tuviera la misma dicha, se doblara tu gozo, porque no menos te gozaras de su bien que del tuyo. Pero si dos ó tres, ó muchos más, tuvieran lo mismo, tanto te holgaras por cada uno como por ti mismo, si los amaras como á ti. Pues en aquella perfecta caridad de innumerables ángeles y hombres bienaventurados, adonde ninguno amará á otro menos que á sí mismo, no de otra manera se holgará uno por cada uno de los otros como por sí mismo.

Pues si en el corazón del hombre apenas cabrá su gozo de tan grande bien, ¿cómo será capaz de tantos y tan grandes bienes? Y como cuanto uno ama á otro, tanto se huelga de su bien, como en aquella perfecta felicidad amará cada uno á Dios, sin comparación alguna, más que á sí mismo, y á todos los demás consigo mismo; así tamtambién se gozará incomparablemente más de la bienaventuranza de Dios que de la suya y de todos los demás. Y si á Dios amaran con todo su corazón, con todo su entendimiento, con toda su alma, de modo que ni todo su corazón, ni todo su entendimiento, ni todo baste para lo que merece el amor: de tal manera se gozaran de todo su corazón, de todo su entendimiento, de toda su alma, que no bastara todo el corazón, ni todo el entendimiento, ni toda el

alma para la plenitud de su gozo» [1]. Todo esto es de San Anselmo, en que muestra cuán llena, cuán eficaz de bienes es la Hermosura de Dios cuando se vea.

Ni es encarecimiento todo lo dicho, sino muy inferior á la verdad; porque no sólo en el cielo, vista claramente la Hermosura divina causará tan inefables gozos, pero mostrada aun por sombra en esta vida, baña á las almas de un gozo inexplicable, como de sí confiesa Santa Gertrudis; la cual, dando muchas gracias á Dios, dice así: «Como se cantase el responso: *Vidi Dominum facie ad faciem*, etc., esto es: *Vi al Señor cara á cara*, etc., fué ilustrada mi alma de un inestimable y admirable resplandor con la luz de la divina revelación. Apareció junto á mi rostro otro rostro no formado ni hecho, sino formador y hacedor, no deslumbrando los ojos del cuerpo, sino alegrando la vista de mi alma, agradable con el beneficio del amor y no con el color. Desta vista sabrosa, tus ojos resplandecientes como el sol, Señor Dios mío, hiriendo derechamente en los míos, de qué suerte tú, suave Dulzura mía, hayas regalado, no solamente mi alma, sino también mi corazón con todas sus fuerzas y potencias, sólo tú lo sabes. Por lo cual, Señor, te pido que me hagas esta merced, de que, mientras yo viviere, sea tu devota esclava. De tus ojos mismos deificados, sentí por los míos entrar una luz que no se puede estimar lo que me saboreaba; la cual, penetrando por todas las partes interiores, parecía que obraba en todos mis miembros una virtud sobremanera admirable, al principio vaciando las médulas y tuétanos de mis huesos, pero después aniquilando también y consumiendo los mismos huesos, juntamente con la carne. De suerte que no sentía que fuese otra cosa todo mi sér y substancia más que aquel divino resplandor, el cual con una suavidad y deleite mayor que

1 Ansel., c. 25, Proslo., p. 28.

todo encarecimiento reverberaba en mi alma, y daba una inestimable y serena alegría. ¡Oh, qué podría decir desta vista dulcísima! Porque para confesar la verdad (según á mí me parece), aunque por todos los días de mi vida, todas las lenguas elocuentes del mundo me quisieran persuadir que había yo de verte con tanta excelencia y con tantas ventajas, aun allá en la gloria, nunca lo creyera, si la grandeza de tu benignidad no me lo hubiera mostrado por experiencia». Pues si esto puede causar la Hermosura divina en este valle de lágrimas, ¿qué hará en la gloria, en aquel paraíso de deleites celestiales? Con razón exclama la misma sierva de Dios [1]: «¡Oh región aquella bienaventurada, y que beatifica con arroyos abundantísimos de bienaventuranzas; campo de deleites adonde un grano muy menudo puede suficientísimamente satisfacer al deseo de todos los escogidos en diferentes cosas que puede imaginar el corazón humano que le serán agradables, amables, deleitables y suaves! ¡Oh eterno, y el más grande día, mediodía hermoso, morada segura, lugar que en sí contiene todo lo que deleita, paraíso alegre que por todas partes le cercan ríos de inestimables regalos, que convida con la florida belleza de diferentes frescuras y regala con suavísimas voces, ó, por mejor decir, suavemente deleita con la melodía de músicos intelectuales, y embriaga con una dulzura mezclada y compuesta de diferentes gustos interiores! Pero ¿qué procura decir mi lengua impedida y tartamuda, pues aunque se juntase todo el poder angélico y humano á este propósito, en ninguna manera sería bastante á formar siquiera una palabra, que como es razón tocase ó declarase tantico de la alteza de tanta excelencia? Para esta dicha nacimos, éste es el fin de nuestros trabajos, y todos son pocos para tan grande bien».

1 Apud Blos., in Monili Spir., c. 14, in fine.

CAPÍTULO VIII

De la primera condición de la hermosura que señalan los filósofos peripatéticos, que es la proporción de partes. Trátase de la simplicidad y unidad divina.

I

Lleguemos ahora á considerar las condiciones de la hermosura que señalan los filósofos y muchos santos, para que veamos cómo están todas en Dios con sumo exceso y eminencia. Aristóteles, y con él los demás filósofos peripatéticos, señalaron por muy principal la proporción de partes que tiene en sí lo hermoso: y así todos los demás filósofos admiraron la hermosura deste universo, por la proporción y orden de sus naturalezas. ¿Pues á quién no admirará esta proporción y conveniencia entre los atributos y Personas divinas? ¿Quién no se pasma de ver cómo conviene la inmutabilidad de Dios con la inmensidad y eternidad, pues sin mudar lugar está en todo lugar, y sin pasar por tiempo está en todo tiempo? ¿Quién no se maravilla de ver cómo convienen su misericordia y justicia, pues con ser infinitamente misericordioso no falta á ser justo? Bien se puede colegir por la conveniencia de los efectos la proporción de sus causas: por lo cual dijo David que «la misericordia y la verdad se salieron á recibir, y la justicia y la paz se dieron ósculo amoroso». Pues en la Encarnación del Hijo de Dios, para redimir con su muerte al mundo, vemos á los ojos la concurrencia y conformidad destos dos atributos que parecen tan contrarios. Porque ni hay ni puede haber obra de más piadosa misericordia, ni de más severa justicia. Y así la proporción que hay entre los mismos atributos es una hermosura hermosísima, pues no puede haber más grande proporción que cuando dos cosas,

no sólo convienen en un orden, pero en una misma entidad y unidad: porque si la gracia y agrado que causa la proporción es ser un amago y vislumbre de la unión ó unidad, porque con ella se conforman muchas cosas para componerse de todas una, de modo que con su disposición y orden se unan, cuando muchas cosas no sólo se conforman para componer de todas una, sino para ser ellas una misma, y no sólo se aunan, ni sólo se unen, sino se identifican, mayor gracia tendrán. Hermosísimo espectáculo será ver en Dios que cosas al parecer tan diversas como la misericordia de su bondad y la severidad de su justicia, la extensión de su inmensidad y la indivisibilidad de su simplicidad, la grandeza de su majestad y la paciencia de su mansedumbre sean una misma cosa: que la omnipotencia no sea distinta de su sabiduría, ni su sabiduría de su justicia, ni su justicia de su bondad, ni su bondad de su providencia, ni su providencia de su infinidad. ¿Qué teatro tan deleitable será ver en la unidad de sola su esencia toda la multitud de todas las perfecciones criadas, y que en sólo su hermosura están todas las hermosuras, y en sola su bondad todos los bienes; lo ameno de los campos, lo alegre de los cielos, lo lúcido de las estrellas, lo suave de los aromas, lo dulce de la miel, lo precioso de las perlas, lo sublime de los espíritus, lo intelectual de los querubines, lo perfecto de las perfecciones y lo hermoso de las hermosuras? ¿Qué vista tan maravillosa fuera, si en un espejo viéremos representadas cuantas personas hermosas ha habido, sin estorbarse unas á otras; si en él se viesen los rostros bellísimos de Raquel, de Judith, de Ester, de Dina, de Micol, de Elena, y cuantas las divinas y humanas letras celebran por hermosas? Rara vista fuera ésta, que en espacio de un codo solamente se viesen tantos rostros tan hermosos. ¿Pues qué si juntamente se viese en él todo

lo que hay que ver en la tierra, con cuantas ciudades hay grandes y vistosas en el mundo, Roma, París, Nápoles, Amberes, Venecia, Génova, Madrid, Constantinopla, Méjico, Pequín, Meaco, de suerte que la vista de tanta variedad de cosas no se impidiese una á otra? ¿Cuán rara proporción sería ésta? ¡Oh estupendo espectáculo de la Divinidad! ¡Oh milagrosa hermosura de Dios! donde en la simplicidad de su naturaleza se han de ver juntas todas las perfecciones y hermosuras criadas, no sólo por representación y figura, sino más substancialmente que en sí misma; porque contiene la naturaleza divina todo bien, no sólo como es, sino mejor que es, porque le contiene eminentísimamente, no por muchas formas, no por diversas calidades, sino por una sola simplicísima forma y acto purísimo, que es su misma esencia, y este modo de contener hace á todas sus perfecciones infinitamente más excelentes y hermosas que si fueran entre sí distintas. ¡Oh gran Señor! ¡Oh hermosísimo Dios, y quién te amara con amor infinito ó con amores infinitos! Quisiera amarte, Bien mío, de una manera y otra: quisiera amarte infinitamente y con amores infinitos, ó con uno que valiese infinitamente más que todos; que no excederá á lo que merece tu infinita Hermosura y Bondad.

II

Pues si á los cuerpos hace hermosos la conveniencia de muchas partes, ¿cuán hermoso será aquel purísimo Espíritu del Criador, con la unidad de tan innumerables perfecciones? Es sin duda que por esta unidad es hermosísimo, y así es su naturaleza tanto más una, cuanto más es que todas las demás, y más hermosa que todas. Boecio dijo que «la unidad es la causa y razón del sér». Y como Dios

es causa de todo sér, y su Sér es sólo por sí mismo, ha de ser simplicísimo y uno sobre todo otro sér. Otros platónicos, conformándose con la doctrina de Plotino [1], dijeron que «la unidad, que es causa de perfección al sér, es superior al mismo sér»: por lo cual no sólo era la unidad «la primera de todas las cosas, sino la primera primacía». Por lo mismo también dijo Hermes, aquel grande maestro de los egipcios [2]: «Debajo del cielo hay muchedumbre, en el cielo variedad, sobre el cielo unidad». Porque ésta es única preeminencia de Dios, que siendo uno sea todo, y comprendiendo todas las cosas sea simplicísimo. Por esta singular prerrogativa llamaban los asirios á Dios *el uno*, como escribe Macrobio [3], dándole este renombre por excelencia y antonomasia. Por él declara San Justino ser Dios todo y no ser nada comparable con Él, ni poderle todas las criaturas añadir alguna perfección, porque dice [4]: «Así como no añade perfección al uno ser principio del número, porque cuando no era principio dél era perfecto, y después de hecho principio no crece, así también Dios, antes de criar las cosas, era perfecto, y después de criadas no ha crecido, pues nada de lo criado puede aumentar á Dios». Santo Tomás dice que como Dios es el mayor sér de todos, así es grandísimamente uno, porque es uno con la mayor y más grande simplicidad y pureza que es posible ó imaginable; porque carece de toda composición, la cual repugna á la infinidad del Sér divino, que no le recibió de nadie; porque así como á Dios no le hizo ninguno, tampoco pudo componerle de diversas partes; fuera de que si Dios fuera compuesto de alguna cosa, ya hubiera habido alguna cosa primero que Dios, porque hubiera habido aquello de que se

1 Marsil., Ficin., in Plotin., lib. 9, c. 1. 2 Mercur. apud *Compend. Theolog.*, lib. 1, c. 20. 3 Macrob., lib. 1, Saturn., c. 23. 4 Justin., in respons. ad Orthod., c. 113.

componía. Demás desto, si la sabiduría fuera distinta de la omnipotencia, y entrambas diversas de la esencia divina, ya tuviera alguna cosa el Sér de Dios que no fuese de sí mismo, como advierte Ricardo Victorino. No fuera sabio por sí, sino por la sabiduría, ni poderoso realmente por su naturaleza, sino por su omnipotencia. Allégase á esto que la virtud unida es mayor y más perfecta; y como Dios sea sobre todo grande y perfecto, debe ser sobre todo uno y simplicísimo, careciendo de toda composición. Y así dice San Bernardo: «Dios no es formado, porque es forma; no es hecho, porque es la causa que hace todo; no es compuesto porque es simple». Este es único privilegio de la Divinidad, carecer de composición y diversidad. No hay en Dios composición de partes como en los cielos, ni de potencias como en el alma, ni de género y diferencia como en la especie, ni de materia y forma como en los elementos, ni de unidades y denarios como en el número, ni de esencia y entendimiento como en el ángel, ni de espíritu y cuerpo como en el hombre, ni de substancia y accidente como en los individuos. Todo Dios es uno de todas maneras, y cuanto más es todas las cosas, tanto es más uno y tanto más hermoso y más raro; porque si admiró al mundo una pequeñita piedra de un anillo porque en ella formó un artífice primo al rey de Macedonia Alejandro, que estaba á caballo y acometía á un bravo león con tal fiereza, que ponía terror á los que le miraban, admirando que en tan pequeña pieza hubiese tanto que mirar, ¿qué admiración será en la simplicidad de Dios, que estén todas las cosas tanto más perfectas y eternamente, cuanto más uno y simple es? San Dionisio Areopagita [1] da la razón por que se atribuye á Dios pequeñez, siendo tan grande, que es inmenso. La causa es por la suma simplicidad de su naturaleza, por la cual

1 Dionis. *De divin. nom.*

penetra todas las cosas y está en todas eminentemente. De suerte que en un átomo del aire, en cualquier punto, é indivisible, está todo Dios, entera y totalmente, con toda su inmensidad, sabiduría, bondad, omnipotencia y los demás atributos, juntamente con las perfecciones de todas las criaturas. ¿Cómo puede dejar de ser esta inmensa pequeñez y capacísima simplicidad más hermosa que toda proporción, donde está tan ordenado lo mucho, que es uno, y tan proporcionado lo grande, que es indivisible y simplicísimo? Todo esto se significó á San Juan en el Apocalipsis cuando se le mostró el Señor, ceñido y con un cíngulo preciosísimo, porque era de oro; porque con su infinita simplicidad parece está ceñida su inmensa naturaleza: pero la misma simplicidad es tan precioso atributo, que hace adorno á todos los demás y los hace, con unirlos á todos, más admirables y preciosos. ¡Oh inmenso Dios! dame que ciña mi corazón, apartando dél los deseos vanos, para que le dilate en amor vuestro, que sois mi Criador y Señor.

Esta simplicidad hace que todo Dios sea todo lo bueno, y cada bondad y perfección particular, de suerte que todo sea todos, y cada uno de sus atributos, estando cada uno tan perfecto en Dios como si fuera solo. Por lo cual dice San Agustín [1]: «Dios todo es ojos, porque ve todas las cosas; todo es manos, porque obra todas las cosas; todo es pies, porque está en todos los lugares». De donde se colige cuán lleno, cuán sólido sér sea el divino, pues es todo sér, y de todas maneras; y así es sér verdaderamente. Por lo cual dice San Anselmo [2]: «Tú sólo, Señor, eres lo que es, y Tú eres el que es: porque lo que es otro en el todo, y otro en las partes, y en quien hay algo mudable, no es totalmente lo que es: y lo que empezó de no ser, y se puede pensar que no es, y se vuelve al no ser, si no es que por

1 August., ep. 36. 2 San Anselm., in Proslo., c. 22, p. 27.

otro subsista: y lo que tiene haber sido, lo que ya no es, y haber de ser lo que aún no es, esto no es propia y absolutamente. Mas tú, Señor, eres lo que es; porque lo que algún tiempo y de alguna manera eres, todo eso eres y siempre lo eres. Y Tú eres el que propia y simplicísimamente eres: porque ni tienes haber sido, ni haber de ser, sino siempre tu sér presente, ni se puede jamás pensar que no eres, sino Tú eres vida, y luz, y sabiduría, y bienaventuranza, y eternidad, y muchos bienes semejantes; y con todo eso no eres sino un bien, y ese sumo. Tú te eres á ti mismo suficiente, que no tienes menester á nadie, ni necesitas de cosa alguna, y de quien tienen necesidad todas las cosas para que sean, y sean bienaventuradas». ¡Oh piélago de bienes! ¡Oh inmenso océano de bondad! dame que te ame como mereces y como te he menester; dame que pues eres todo bien, que te ame con todo mi amor; dame que pues eres todo lo que es, que te ame con todo lo que soy; dame que pues eres uno que vales más que todas las cosas, que te ame únicamente sobre todas las cosas del mundo. ¡Oh quién pudiera convertirse cuanto es en amor de tu infinita bondad y hermosura!

III

Con esta gloria de la simplicidad de Dios se junta la de la unidad, en cuanto es uno y solo, porque no sólo carece de composición de partes, sino de diferencia de su naturaleza, por no ser capaz de igualdad; porque como de tal manera es uno que contiene todas las cosas, ha de ser también uno de tal suerte que sea solo; porque si tuviera otro igual, no le comprendiera, y así no fuera todo; pero como en su simplicidad encierre toda perfección, no sólo es uno por faltarle división, sino único por no tener igual.

Lo cual es tan gran gloria, que la celebra varias veces la Sagrada Escritura. Por Isaías dice el mismo Dios [1]: «Yo soy Señor, y no hay más fuera de mí; no hay otro Dios». Y en el Deuteronomio dice: «Atended que yo soy solo, y fuera de mí no hay otro Dios. Yo mataré, yo daré vida, yo heriré y sanaré, y no hay quien de mí mano pueda librar». También la madre del santo Samuel engrandeció esta gloria de la unidad de Dios, cuando dijo [2]: «No hay Santo como es el Señor, no hay otro fuera de Ti, ni hay fuerte como nuestro Dios». Las cosas por ser únicas se estiman más, y cuanto más preciosas, la singularidad las realza. ¿Cuánto debe ser estimado Dios tan perfecto, tan grande, tan único, que ni tiene igual ni le puede tener? Y si á muchas cosas la particularidad da mayor estima que su perfección, y á otras muy excelentes su multitud envilece, donde no hay más que un Dios, y éste tan inmenso, ¿en qué aprecio le hemos de tener? ¿qué amor y reverencia le puede bastar? Porque si le perdemos, ¿dónde hallaremos otro? Si á Él enojamos, ¿á qué otro nos podemos huir, y quién nos librará de sus manos? Y si tenemos necesidad, ¿quién otro habrá que nos ayude? Él mismo dice por el Profeta Oseas [3]: «No sabrás de otro Dios fuera de mí, y no hay Salvador sino yo». ¡Oh cuánta necesidad tenemos deste Dios Omnipotente, pues es solo! Si un rey de la tierra se enoja contra uno, hay otro reino adonde se pueda huir, y otros reyes que le puedan favorecer; pero ¿dónde se hallará un mundo que esté exento de la jurisdicción divina? ¿Dónde se hallará otro Dios que ampare á un pecador? Si el sustento de todos los hombres del mundo sólo le diera un árbol, ¿qué cuidado se tuviera en que nadie le cortara? ¿cuán guardado y cultivado estuviera de todos? Y si como hay muchas fuentes y ríos no hubiese sino sola una fuen-

1 Isai., 45. 2 I Reg., 2. 3 Oseas, 13.

te, ¿cómo procuraran todos conservarla? Pues no hay sino un Dios que pueda hartar y satisfacer nuestro corazón, no hay sino un Señor Omnipotente que nos sustente, procuremos conservarnos en su amistad y gracia, pues dél tenemos en todo necesidad.

¡Oh Señor inmenso, que siendo uno vales por infinitos, y sin Ti infinitos mundos no valieran nada! Tú, Dios mío, me vales más que todo, y así te pido que te estime más que todo, que te admire más que todo, que te ame más que todo. Dame que me una contigo y no quiera más que á Ti sólo, pues eres todos los bienes, y en Ti tengo todo. ¡Oh quién viviera de tal manera en el mundo como si no hubiera otra cosa más que su Dios! ¡Oh quién viviera tan bien acompañado que á sólo su Criador atendiera! Uno eres, Señor; pero no hay otra cosa que desear. Uno eres, porque eres todo; y único eres, porque no hay otro como mi Criador. Ámete yo únicamente, ámete yo solamente; y si amare otra cosa, sea por ti, y en ti, y para ti.

CAPÍTULO IX

La orden que requiere Aristóteles para la hermosura, está en Dios con suma excelencia. Trátase del misterio de la Santísima Trinidad.

I

Otra gran calidad de la hermosura que requiere Aristóteles [1], es el orden. También dijo San Bernardo [2] que el orden daba hermosura, y por su gran importancia San Juan Damasceno [3] y San Gregorio Nacianceno [4] llamaron al orden padre de todas las cosas, porque las da su punto y

1 Aristot., 13, Metaph. 2 Bernard., serm. 49. in Cantic. 3 Damasc. lib. 3, Paralip., c. 83. 4 Nazian., orat 26.